

Elija una carta

Para Alejandra y Diego

To purloin, nos dice el diccionario de Oxford, es una palabra anglo-francesa, es decir compuesta del prefijo *pur* que se encuentra en *purpose*, propósito, *purchase*, provisión (...), y de la palabra del antiguo francés: *loing, loigner longé*. (...) Así nos vemos confirmados en nuestro rodeo por el objeto mismo que nos lleva a él: pues lo que nos ocupa es claramente la carta desviada o distraída, en el sentido en que se habla de distraer o malversar fondos, aquella cuyo trayecto ha sido prolongado (es literalmente la palabra inglesa [purloined]), o esa carta retardada en el correo que el vocabulario postal francés llama *lettre en souffrance*.

Jacques Lacan, Seminario sobre “La carta robada”

El enamorado hizo clic en el botón y envió por fin su e-mail. Luego, por curiosidad consultó el contador de su correo: 275. Era el número de mensajes que había escrito a su amada desde que comenzó a estar con ella, apenas nueve meses atrás. La cifra lo impresionó: un promedio de un mensaje diario.

Recordó entonces aquél film de Woody Allen en el que Alan Alda, perdidamente enamorado de Mía Farrow, intenta conquistarla enviándole cada mañana una rosa durante meses y meses... para enterarse finalmente de que era alérgica a las flores.

El film *The Notebook* (Nick Cassavetes, 2004) presenta una encantadora variante de este tema clásico del cine y la literatura. Ambientada en los años 40, cuenta la historia de dos adolescentes que se conocen durante un veraneo en una pequeña ciudad balnearia de los Estados Unidos. Ella es una chica de clase alta que está de vacaciones con su familia y él un modesto carpintero que trabaja como dependiente en el aserradero del pueblo. Cuando los padres de ella se enteran del romance, hacen un escándalo y se la llevan de un día para el otro, dejando a los amantes con el corazón destrozado. Entonces, él le escribe una carta por día durante un año seguido, cartas que por supuesto la madre de la chica intercepta en el buzón de modo que ninguna llegue a destino. Después de la carta 365, el joven, desalentado ante la falta de respuesta, deja de escribir.

Pasa el tiempo, cada cual sigue su vida –él debe ir a la guerra, ella se alista como voluntaria en un hospital de campaña, donde termina conociendo a un joven encantador con quien se compromete en matrimonio. Pero el azar los reencuentra y se revela entonces el misterio de las cartas robadas –*purloined letters* dice el film, ya que efectivamente la madre de la chica las ha escondido y al enterarse del encuentro, finalmente las devuelve. Pero las cartas ya no son lo que alguna vez fueron. Dejaron de tener la frescura y la singularidad de cada día, para convertirse en una pila. Un mazo, podríamos decir. Un grueso mazo de cartas que ella se lleva consigo sin saber qué hacer con él. Entonces, en una escena que podría inspirar a un mago con dotes de analista, ella toma una carta del mazo. Elige una carta al azar, cualquiera. La abre y

la lee. Y el contenido de esa carta será una revelación que cambiará el curso de los acontecimientos permitiéndole hacer algo con ese azar.

La película da entonces un giro conmovedor que resignifica su título y que por supuesto no adelantaremos aquí. Importa, sí, mostrar el efecto que tuvo en esta joven el encuentro con esa inesperada *purloined letter*.

Desde la lectura superficial, estamos ante la clásica madre malvada que escamotea las cartas a su hija para alejarla de un candidato que no le conviene. Pero en el contexto del film y de la novela que lo inspira, el desvío de la correspondencia adquiere otro sentido.

La madre no roba las cartas sino que como sugiere Natacha Lima en un bello neologismo, las *purlonea*¹, las somete sin saberlo al sufrimiento de una espera. Esa espera se nos revela a posteriori como el rodeo que la experiencia ha hecho necesario para encontrar a un hombre desde un lugar diferente al del primer amor. Su hija podrá entonces elegirlo entre otros hombres, y no aceptarlo por imperio del ideal del primer amor o de la conveniencia paterna.

Por eso el film, que nos sabe pacientes, deliciosamente se hace esperar. Porque como sugiere Santiago Kovadloff, curarse consiste finalmente en transformar el dolor de una pérdida en sufrimiento por ella.²

Como en ese otro mágico film romántico, *El ilusionista*, la pasión ciega e incondicional de los adolescentes no llega a concretarse sino años más tarde cuando puede ser resignificada en una decisión. Recién entonces el amor, si es, puede serlo en acto. Mientras tanto sufre la espera –*lettre en souffrance*. Como las 365 cartas que integran ese mazo informe, aguardando a que el sujeto extraiga una y recree así la magia del encantamiento.

Por eso la devolución de las cartas es también para esa madre la ocasión de un encuentro con su hija desde un lugar diferente. La oportunidad de hablar de una historia largamente sepultada, de llenar provisoriamente las lagunas de la memoria y darle verdadero sentido a la palabra *recordar*.

“Veo que por fin te llegaron las cartas”, le dice el joven Noah a su amada cuando la ve llegar con el mazacote de sobres. “Espero que estés tomando una buena decisión”, le recomienda a su vez su madre. No hay en las frases ironía ni resentimiento, sino ternura e inesperada lucidez. Esperemos.

Juan Jorge Michel Fariña, febrero de 2009

¹ Ver Lima, N. y Michel Fariña, J. “*La carta robada* a través del cine y la literatura. *Entwendete*, o el sufrimiento de una espera“. Elsigma.com.

² Ver Santiago Kovadloff “El enigma del sufrimiento”. Emece, Buenos Aires, 2008.